

El país equivocado (VI)

El País del Mocho (2)

Eduardo Casanova

A lo largo de más de siglo y medio, Venezuela ha buscado con desesperación un camino que lleve a la felicidad. Este sexto artículo, sexto de una serie de trece, sigue con el tema de las equivocaciones de uno de los venezolanos que más se equivocó: el *Mocho* Hernández.

En nuestro encuentro anterior vimos cómo el *Mocho* Hernández fue creciendo en popularidad. Lo dejamos cuando, por esa misma causa, se alejó de Joaquín Crespo. Luego se vio obligado a viajar a Nueva York por un juicio planteado allá en su contra por el norteamericano George F. Underhill, por daños causados por el traspaso de un contrato en Ciudad Bolívar, juicio que Hernández gana, como gana una experiencia que lo deja deslumbrado: asiste a una campaña electoral norteamericana, con sus banderolas y sus desfiles y sus *meetings* desde vagones de tren o desde plataformas en torno a las cuales hay verdaderas fiestas de color y música. Es una novedad que bien puede llevarse a Venezuela. Se ha organizado aquí un nuevo partido que, para variar, se dice *liberal* aunque está formado en su mayoría por conservadores. Es el *Partido Liberal Nacionalista*, fundado por Alejandro Urbaneja, que ya había intentado organizar partidos un par de veces sin éxito. Pero ahora lo logra. Lo acompaña la juventud dorada. Ni siquiera en 1946, cuando nació Copei o en 1964, cuando se fundó en torno a Arturo Uslar Pietri el Frente Nacional Democrático que duró una elección de mariposa, se ha visto un partido con tal concentración de gente de buena cuna. Su plataforma, aún hoy, sería atractiva: hablan de gobierno de la Ley, supresión del peculado, vigencia plena de las garantías constitucionales, elección por voto universal, directo y secreto, transparencia en el manejo de la cosa pública, eliminación de privilegios. Y para colmo el *Mocho* Hernández aplica por vez primera esos sistemas que vio en los Estados Unidos. Un *meeting* en la Plaza Henry Clay

marca un hito en la historia política venezolana: es la primera verdadera manifestación de política electoral de masas que se produce en el país. Muchos años después, Arturo Uslar Pietri será el primero en usar la televisión como medio de campaña y logrará sacudir los cimientos del sistema político venezolano (pero, tal como el *Mocho*, cometerá serios errores que lo apartarán del mundo político vigente), y luego aparecerán las campañas totales, con fabricación de imagen y uso de planes que abarcan todo lo relativo a la comunicación social, cuyo primer beneficiario fue Carlos Andrés Pérez (otro que siguió el torcido camino *mochista* de las equivocaciones) en 1973. La campaña del *Mocho* Hernández fue la que empezó el proceso. Y fue exitosa. A lo novedoso del planteamiento se sumaba la personalidad del candidato, tenido generalmente por honrado en un país en el que los políticos ya eran unos pillos redomados y se enriquecían descaradamente. Su mensaje, como se dice ahora, caló muy hondo en el pueblo, que lo apoyó masivamente y sin avaricia. Pero fue despojado de manera vergonzosa de su triunfo. Ni siquiera hoy se ve un descaro de ese tamaño en las trampas electorales. El *Mocho*, a pesar de haber visto lo que significaba un proceso cívico, hizo un retroceso en su propio enfoque de la política y apeló a los antiguos sistemas. Se alzó. Entró en el terreno ajeno, que los otros dominaban mejor que él. Esa fue su mayor equivocación. Lo único que consiguió fue quitar del escenario al caudillo tradicional del momento, Joaquín Crespo, que murió en la Mata Carmelera, en el estado Cojedes, el 16 de abril de 1898. Pero Hernández no aprovecha el momento. Se quedó estático. Y su equivocación subsiste en el tiempo. Su falta de acción permite que todas las facciones liberales se unan, y que se les agregue todo aquel que se haya asustado ante la posibilidad de que cambie el sistema de hacer política y se convierta en algo mucho más complicado que reunir una montonera, conseguirse un bachiller que redacte una proclama y alzarse en armas. Hernández, que mantiene el apoyo de su pueblo, podría haber avanzado en plan de triunfo hacia Caracas. Todo tipo de gente

se le une. El *Mocho*, así como demostró ser el primer maestro de la política electoral venezolana, es un desastre en táctica, estrategia y todo lo que suene a artes militares. Simplemente se equivocó del todo y les facilitó a sus enemigos el vencerlo, cuando él podría haberlos derrotado de un plumazo. El general Ramón Guerra se encargará de capturarlo y encerrarlo en La Rotunda. Es un triunfo pírrico. Desde los lados del Táchira se avecina una tormenta que ninguno de ellos presente, y que hará, justamente, lo que el *Mocho* Hernández no supo hacer. Las últimas equivocaciones del *Mocho* serán la de alzársele a Castro, que lo había hecho Ministro y repetir el disparate de irse hacia Guayana cuando en Caracas podría haber obtenido su victoria. Se equivocó la paloma...

En nuestro próximo encuentro veremos las equivocaciones de Cipriano Castro, que podría haber enrumbado el país hacia el porvenir, y prefirió convertirse en payaso ante la Historia.